

AGRESIVIDAD INFANTIL Y ENTORNO FAMILIAR

Fátima Martín Sánchez

Dr. Universidad de Salamanca. Profesora Honorífica del Instituto de Humanidades URJC

RESUMEN:

El artículo estudia el contexto familiar como uno de los factores más influyentes en la génesis de la agresividad infantil. Comienza analizando el ambiente que respira el niño en la familia, descubre las causas que generan la violencia infantil en dicho contexto, distingue entre familias que tratan a sus hijos con atención y competencia en contraste con las que carecen de ellas y, finalmente, estudia el equilibrio entre control y libertad en cuanto extremos dentro de los cuales se desarrolla la función educativa de los padres.

ABSTRACT:

This paper analyzes the familial context as one of the most influential factors in the genesis of aggressiveness in children. It begins by analyzing the child's environment in his family; finds out the causes that create violence in children in this context; distinguishes the families that deal with their kids with attention and competence, in comparison to those who lack it; and finally, studies the balance between control and freedom regarding the development of the parents' educative role.

PALABRAS CLAVE: *Agresividad, frustración, niños capaces/niños no capaces, familias competentes/familias menos competentes, habilidad/ineptitud, familias monoparentales.*

KEYWORDS: *Aggressiveness, frustration, able children, disable children, competent families/non competent families, skills, ineptitude, one parent family.*

A solicitud de la autora del presente ensayo, la Consejería de Educación de Castilla y León concedió una Licencia por Estudios para realizar una investigación sobre la *violencia en la escuela*. Fruto de aquel encargo es el trabajo, que llevé a cabo en su momento, sobre prevención de la agresividad y violencia en centros escolares suburbanos: estudio que fue aplicado en el Colegio “León Felipe”, de un barrio periférico de la ciudad de Salamanca.

La deriva que ha experimentado la violencia escolar, su incremento en los últimos años y las consecuencias que se siguen de la misma, justifican la presente reflexión sobre este tema de actualidad permanente en una revista como *La Albolafia*, dedicada a potenciar las Humanidades.

Por estas razones hemos creído oportuno iniciar una serie de ensayos en la que entresaquemos los resultados más importantes y actuales de la investigación arriba nombrada.

Uno de los factores más influyentes en la vida de un niño es la *familia*, de ahí que centremos en ella nuestra atención. Comenzaremos analizando el ambiente que respira el niño en el contexto familiar, descubriremos las causas que generan la violencia en ese contexto, distinguiremos entre familias que tratan a sus niños con atención y competencia en contraste con las que carecen de ellas y finalmente cerraremos la exposición estudiando el equilibrio entre control y libertad en cuanto extremos dentro de los cuales se desarrolla la función educativa de los padres.

1.- ¿QUÉ EDUCACIÓN RECIBEN NUESTROS HIJOS EN LA FAMILIA?

Los malos tratos en el seno de la familia, las relaciones problemáticas y tensas entre los cónyuges y, a su vez, entre padres e hijos, las ausencias por motivos laborales, la falta de cultura en los progenitores, la conflictividad escolar, las drogas, las fugas del hogar, la maternidad prematura, el fracaso escolar, el paro laboral... son algunas de las circunstancias que ocasionan la carencia de una compromiso responsable de los padres con la educación familiar. De ello se hacen eco frecuentemente las noticias que ponen en tela de juicio la eficacia de la educación que estamos dando a nuestros hijos.

De hecho, muchos padres se preguntan hoy si están educando bien a sus hijos de manera que éstos sean capaces de afrontar y, en su caso, superar la influencia del exterior. Los tiempos que corren nos impiden que hagamos con

nuestros hijos lo que nuestros padres hicieron con nosotros. Ahora los padres precisan más conocimientos y preparación para ejercer de educadores pero, en muchas ocasiones, los padres no dedican más tiempo a sus hijos porque no disponen de él, por falta de formación y porque encuentran serias dificultades para ejercer una función pedagógica. En su quehacer diario o se encuentran agobiados por exigencias laborales o dispersos por los usos vigentes en nuestras sociedades.

Entre los cambios sociales más profundos acontecidos durante el siglo XX en España destaca el vuelco que ha sufrido la institución familiar. La familia ha dejado de ser eminentemente rural y numerosa para convertirse en ciudadana y de pocos miembros. Ello ha descontextualizado la vida familiar, desarraigando formas de vida y tradiciones. Interacciones antaño sólidas en el colectivo familiar tienden en el presente a desaparecer mientras vínculos otrora intocables se rompen bajo presión de influjos externos. A ello habría que añadir las nuevas formas de unión hombre-mujer normalizadas hoy en día, tales como uniones de homosexuales, divorcios conflictivos, situaciones monoparentales... En una palabra: el modelo de familia que estuvo vigente, se ha visto debilitado y aún no se han encontrado modelos nuevos estables que respondan a la realidad actual y que cubran las necesidades que tienen hoy día las familias.

Tiempos atrás los hijos se integraban por inercia natural en la vida de la familia desde su tierna infancia y se sentían útiles colaborando con padres y hermanos en las tareas comunes

cotidianas; hoy, por el contrario, los intereses comunes se difuminan en las ausencias prolongadas, los juegos en soledad, el tiempo obsesionado con la televisión o los juegos de la informática. Se ha vulgarizado la figura de solitario acompañado cuya conducta se canaliza por sendas preestablecidas. En ese caso las exigencias y deberes de la familia tienden a desaparecer juntamente con los valores y vínculos que los sustentaban. Los padres apenas ponen exigencias a los hijos y éstos desarrollan su propia personalidad en el vacío de la falta de cuidado. La vida familiar pierde el disfrute de la colaboración con sus padres en las labores domésticas porque no se dispone de tiempo para permitir al niño que realice estos trabajos “a su ritmo”; se prefiere la inacción ante el televisor y que “no estorben” con una colaboración que pueda complicar las tareas domésticas. De esta forma, a los niños se les priva de iniciativa y creatividad, negándoles la posibilidad de que adquieran un alto grado de responsabilidad, a la vez que se les priva tanto de las satisfacciones del éxito como de las lecciones del fracaso.

Desde otro punto de vista, el consumismo desbocado que predomina en nuestras sociedades mercantilizadas, ha transformado la imagen que los hijos tienen de sus padres. La figura de éstos se diseña no en una atmosfera en la que predomine la cercanía, el afecto o la ayuda recíproca sino como proveedores del dinero que sustenta la vida familiar y a las madres, cuando no trabajan fuera del hogar, como suministradoras de servicios. Situaciones intercambiables hoy en día, dadas las inestables condiciones del mercado laboral.

2.- EL PAPEL DE LA FAMILIA EN SITUACIONES DE AGRESIVIDAD

Uno de los factores más importantes y que ejerce notable influjo en la aparición y en la evolución de la agresividad infantil es la familia. En ella nace y se desarrolla buena parte de nuestro carácter. La pregunta que nos hacemos, por tanto, dando por supuestas otras bases naturales del fenómeno, es ¿qué papel juega la familia en el surgimiento y el desarrollo de la agresividad y en el modelado de la conducta de los hijos?

Abundan los trabajos de investigación y de divulgación que podemos consultar para tratar esta cuestión (1).⁴⁷⁸ En uno de ellos, los autores eligieron un grupo de 174 chicos junto con sus familias, de clase predominantemente baja y previa comprobación de que ninguno de ellos hubiese cometido actos delictivos. Se trató de verificar la importancia y la incidencia que tiene el ambiente inicial del niño en el

1. SEARS, R. R., DOLLARD, J., DOOB, L. W., MILLER, N. E. y MODWRER, O., *Frustración y agresión* (1939), citado en E. I. MEGARGEE y J. E. HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976; McCORD, W., McCORD, J., y HOWARD, A., *Correlativos familiares de la agresión en niños no delincuentes* (1961), citado en E. I. MEGARGEE y J. E. HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976 en este trabajo se trata de poner de relieve a través de un prisma conductista, que el comportamiento agresivo es aprendido por el niño a partir de las primeras experiencias familiares; los de BANDURA A. y WALTERS, R. H., *Agresión en adolescentes* (1959), citado en E. I. MEGARGEE y J. E., HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976 sobre la agresión en los jóvenes delincuentes; MELENDRO, M., *Repercusión ambiental de la pérdida o del abandono de los padres* (1988), citado en *Niños difíciles, límites personales y sociales*, Ciencias del Hombre, Cuaderno n° 9 (1988) Madrid; ROF, J., “Niños frustrados”, en *Niños difíciles, límites personales y sociales*, Ciencias del Hombre, cuaderno, n° 9 (1988) Madrid.

desarrollo de tres tipos de comportamiento futuro: agresivo, no agresivo y afirmativo. Para ello se tuvieron en cuenta factores como la ocupación de los padres, el grupo étnico, las relaciones emocionales de la familia, las actitudes de los padres, relaciones afectivas con el hijo, etc.

Como punto de partida se adoptaron cuatro premisas fundamentales:

1ª) La relación emocional del niño con sus padres puede ser decisiva para el nivel de frustración del niño y, en el futuro, para la idea que se forje de las relaciones humanas.

2ª) Los modelos paternos y maternos de disciplina influyen en el modo de inhibir los deseos agresivos.

3ª) El comportamiento de los padres brinda al hijo un modelo de reacción ante la frustración.

4ª) El nivel o el grado de ayuda, cooperación o consenso entre los padres determinará el grado en el que el niño interiorice sus demandas (2)⁴⁷⁹.

Atendiendo a las diversas variables sobre las que se trabajó a lo largo del estudio, se pueden obtener varios grupos de resultados:

A) Es probable que los niños agresivos y afirmativos hayan sido disciplinados de manera punitiva por sus madres, en mayor medida que los no agresivos.

Los niños agresivos solían padecer más frecuentemente amenazas por parte de sus padres, que los no agresivos y que los afirmativos.

Existía una mayor relación entre padres que rechazaban al niño y niños agresivos que entre los no agresivos y los afirmativos.

B) Se asumió como más probable que los niños agresivos y los afirmativos habían sido educados por padres condescendientes y poco exigentes.

Resultó menos probable que los niños agresivos y afirmativos hubiesen sido menos controlados por sus padres que los no agresivos.

Por lo general los niños afirmativos y no agresivos se distinguían en que éstos últimos eran educados con riguroso control por madres vigilantes. Aparecía como más probable que los niños no agresivos hubiesen sido controlados por sus madres de manera más firme que los agresivos (3)⁴⁸⁰.

Los niños agresivos y los afirmativos, en mayor medida que los no agresivos, habían sido criados en un porcentaje más elevado, por padres (ambos) punitivos y con demandas escasas.

En contra de lo esperado, se llegó a la conclusión de que la agresión paterna no está directamente relacionada con los niveles de agresión del niño. Sin embargo, sí parecía que guardaba relación con ciertos comportamientos del padre como escapismo o extravagancia. Por su parte, los niños no agresivos, habían sido

2. MELERO MARTÍN, J., *Conflictividad y violencia en los centros escolares*, Madrid, 1993, Siglo XXI de España Editores, S. A. p. 69.

3. *Ibidem*, pp. 70-71.

educados generalmente en familias de padres no agresivos, que tenían comportamientos responsables y que ejercían un gran control frente a las conductas desviadas.

Cambiando de planteamientos y atendiendo a otros factores, las conclusiones a que se llegaba eran las siguientes:

Los niños agresivos y los afirmativos procedían con bastante frecuencia de familias en las que existían serios conflictos entre los padres.

Los niños agresivos y afirmativos provenían frecuentemente de familias en las que uno de los progenitores subestimaba al otro.

Los niños agresivos pertenecían, en muchas ocasiones, a hogares en los que los padres expresaban su disconformidad con su rol en la vida personal, laboral, etc.

Los niños agresivos provenían con mayor frecuencia de familias en las que ambos padres estaban en desacuerdo en los métodos de educación.

Los niños agresivos procedían de hogares en los que los padres no se mostraban afecto entre sí (4)⁴⁸¹.

Los datos precedentes ponen de relieve la importancia y la influencia que ejercen las relaciones de los padres en la conducta del niño. En general, se puede afirmar que los niños con comportamientos

agresivos proceden de hogares en los que los conflictos entre los progenitores son la tónica general, así como la falta de respeto, la descoordinación, la falta de apoyo y respaldo en la educación y donde uno de los cónyuges ataca o mina la labor que realiza el otro.

Como conclusión general, se puede afirmar que los niños agresivos suelen ser educados por padres que, o los rechazan o tratan de forma punitiva, su conducta no está regulada por controles adecuados, presencian ejemplos de desviación en la familia y ésta se enzarza frecuentemente en conflictos domésticos. Por el contrario, los niños no agresivos pertenecen a hogares donde reciben afecto y cariño, no se les trata punitivamente, se ejerce un firme control, se les presentan ejemplos de conformidad social y los padres son afectuosos y están satisfechos.

3.- VIOLENCIA FAMILIAR: EXPRESIÓN DEL DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE PADRES E HIJOS.

La violencia familiar es la expresión frecuente del deterioro de las relaciones, en primer lugar, entre los padres (insultos, amenazas, maltrato físico y psicológico, generalmente a la mujer) y posteriormente, de los padres respecto a los hijos. Por desgracia, la agresión no se produce una sola vez. Suele ser reiterativa. A veces, no somos conscientes de que los menores viven escenas que configuran un tipo de violencia psíquica de gravísimas consecuencias cuando son testigos

4. Cf. MELERO MARTÍN, J., *Conflictividad y violencia en los centros escolares*, Madrid, 1993, Siglo XXI de España Editores, S. A., p. 71.

presenciales de las agresiones dirigidas a la madre o a los hermanos.

Además, es bastante frecuente que en los hogares en los que se practica la violencia con los hijos, ésta tenga lugar también entre los padres. Se ha comprobado que cuando la madre es maltratada, éste hecho produce en los hijos el mismo efecto que si el maltrato se dirigiera a ellos directamente.

Actualmente se ha demostrado que la violencia aumenta cuando el nivel de estrés experimentado por los padres es superior a la capacidad que éstos tienen para hacerle frente. Entre las fuentes de estrés se encuentran la pobreza extrema y la incertidumbre que genera el no saber cómo se cubrirán las necesidades más perentorias e inmediatas. Por otra parte, la familia violenta suele estar aislada de sus parientes y vecinos, carece de amistades y no se inserta en asociaciones o grupos con aficiones comunes.

Por todo ello, la lucha contra la violencia debe enfocarse desde la ayuda a las familias con problemas económicos y desde el esfuerzo por conseguir la integración de los más desfavorecidos. Situaciones de marginación y exclusión proporcionan el ambiente en donde la agresividad brota como en suelo abonado. De ahí la urgencia de erradicar la pobreza y marginación abriendo perspectivas favorables a niveles más altos de cohesión familiar.

El apoyo social, en su doble vertiente de cantidad y calidad, aminora el riesgo de violencia, pues constituye una ayuda para solventar los problemas, que desde la perspectiva de la intimidad

familiar y sin posibilidad de desahogo, culminan en tensiones y disputas.

4.- AGRESIVIDAD, FAMILIAS COMPETENTES Y FAMILIAS MENOS COMPETENTES.

Un análisis de la familia al hilo de los conceptos de **capacidad** y **competencia** nos permite descubrir aspectos del desarrollo del niño y de la

actividad familiar que canalizan tanto la conducta de los padres como la de los hijos en relación a comportamientos agresivos. Aquéllas son, pudiera decirse, los soportes sobre los que se asientan los proyectos de acción familiares, dentro de los cuales tanto los progenitores como los hijos, encuentran los elementos afectivos y racionales, y lo que es más concreto, los medios instrumentales, de sus actos. De carecer de tales soportes, los programas de acción se mueven en desequilibrios que provocan desafección, rechazo y frecuentemente agresividad.

Una buena preparación y formación de los padres se traduce en su estilo de vida y se transfiere a la descendencia; consecuentemente criarán hijos **capaces**. Los niños se consideran **capaces** cuando, comparados con sus iguales, por un lado no tienen problemas de conducta, inmadurez, ansiedad y depresión, y por otro, gozan de autoestima, popularidad entre sus iguales y éxito escolar. Por el contrario, los niños **no capaces** presentan abundantes carencias y deficiencias en sus programas de acción. En una sociedad dominada por la eficacia en el uso de técnicas e instrumentos, pensemos en el protagonismo que en la actividad de los niños juega hoy en día el

uso de aparatos y los datos que la informática proporciona, el estar dotado de capacidad y habilidades allana el acceso a las pretensiones de adultos y de niños.

Los dos tipos citados de familia, es decir, las **capaces** y las **no capaces**, afrontan los problemas de conducta de sus hijos de distinta manera. Hay estudios acertados sobre las causas y los efectos de los pares capacidad/incapacidad, competencia/incompetencia de los familiares en la conducta de los niños, sin olvidar la falta de habilidades por parte de los padres en la crianza de sus hijos. Las familias **capaces**, debido a los recursos y habilidades que poseen, resolverán los problemas de conducta de sus hijos de manera más satisfactoria y los educadores encontrarán el campo mejor abonado para trabajar con ellas. Algo que no ocurre con las familias **no capaces**.

A resultados similares nos lleva un análisis del problema bajo el prisma del concepto de **competencia familiar**. Si el significado de **capacidad** remite a “un poder hacer” cosas, el significado de **competencia** añade el aspecto cualitativo de la acción: poder hacer las cosas mejor o peor. Entre las familias **competentes** y las **menos competentes** existe un amplio abanico de diferencias sustanciales, tanto en sus interacciones normales día a día como en el modo de afrontar los problemas de conducta del niño. Veamos algunas de estas diferencias:

Existen muchos tipos de familias **competentes** pero el común denominador de las mismas es que todas reconocen los problemas de conducta del hijo y muestran una actitud abierta y

receptiva al cambio que conlleve la resolución de sus problemas. De ahí se deduce que las familias **competentes** suelen advertir los problemas de conducta del niño con más facilidad y prontitud que las **menos competentes**. Por tal razón inmediatamente recurren a fuentes que pueden prestarles información y ayuda y, sin dilación, toman decisiones encaminadas a resolverlos satisfactoriamente, recabando los medios necesarios para lograr su objetivo y se ponen a disposición de los peritos (profesionales) de fuera de la familia como son los terapeutas y los maestros.

Por el contrario, las familias **menos competentes** no son plenamente conscientes de los problemas de conducta del hijo o se preocupan poco por sus comportamientos. No acumulan esfuerzos ni para conocer ni para solventar los problemas de conducta del niño. La dejación de responsabilidades y el pasotismo dominan la escena. Los episodios de agresividad no provocan el interés de los padres. A veces las soluciones que se les presentan no satisfacen a todos los miembros de la familia, generando conflictos de rebote. A ello se añade que no siempre los cuidadores externos a la familia gozan de su pleno apoyo.

Las familias **competentes** promueven el cambio de conducta del niño recurriendo a estrategias eficaces: evitando repetición de situaciones de tensión, suavizando aristas de carácter, soslayando conflictos, limando egoísmos... El cambio de conducta en el niño agresor reporta disfrute y reconocimiento al conjunto familiar. Con todo, los padres han de asumir las

diferencias que deben existir entre ellos y sus hijos. Cada generación tiene sus preferencias y cambios de mentalidad. También despliega sus planes de acción y proyectos en contextos a veces muy diferentes. El cambio, en ese caso, es ley de normalidad de la vida.

Por otra parte los progenitores, tanto por continuidad biológica como por afinidad psicológica disponen de predisposiciones que facilitan el conocimiento de los aspectos positivos y negativos de cada hijo. Programar la conducta hacia sendas de concordia, solidaridad y convivencia exige tener en cuenta que la tarea educativa de la familia tenga por finalidad el preparar a los hijos para la vida adulta en un mundo completamente diferente al suyo. Los padres también conocen sus limitaciones y, consecuentemente, no pueden dar respuesta a todos los interrogantes que se plantean pero sí pueden preparar a sus hijos para conocer su escala de valores y buscar soluciones acordes con sus principios.

5.- HABILIDAD E INEPTITUD PARA LA RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS.

Resulta pertinente añadir al par **capacidad/competencia** anteriormente nombrado, otro par que afecta al uso de los medios de que los familiares disponen para solucionar problemas es el de la **habilidad/ineptitud**. A este respecto, se trata de cualidades de comportamiento de las personas, no siempre disponibles, pero que, para muchos, son imprescindibles para criar niños capaces y competentes. La acción pedagógica exige

estar dotados de unas aptitudes y de una habilidad especial. Y de una inclinación afectiva que la tradición llamaba “vocación”, que suele llevar por compañeras la dedicación, la satisfacción, el premio al esfuerzo...

6.- HERENCIA Y SITUACIÓN FAMILIAR

Los episodios de **agresividad** recíproca en los que se entrecruzan conflictos internos de la vida familiar suelen estar lastrados por resentimientos no superados y por situaciones que las familias arrastran. La crisis de la familia y de las relaciones hombre-mujer al respecto condicionan en el presente los comportamientos de sus miembros. De todos son conocidas las situaciones de agresividad tan hoy reiteradas: pendencias marido-mujer, divorcios conflictivos, intereses encontrados... La familia en vez de lugar de afectos devine escuela de conflictos para niños y adolescentes. Todo ello genera una herencia perniciosa que determina la situación familiar.

La habilidad de un padre para criar hijos de conducta saludable suele responder a las soluciones que él ha dado a los problemas más importantes de la vida, como son: finalizar los estudios, obtener y mantener un trabajo, resolver conflictos interpersonales, etc. (5)⁴⁸². Por el contrario, aquéllos que viven situaciones económicas precarias, carecen de un empleo estable, tienen conflictos con la esposa o la ex pareja, no han

5. Cf. BLECHMAN, E. A., *Cómo resolver problemas de comportamiento en la escuela y en casa*, Ceac, Barcelona, 1990, p. 33.

logrado dar una respuesta acertada a estas situaciones, se encuentran carentes de bagaje propio a la hora de encauzar soluciones. En ese caso, la incompetencia prevalece sobre la capacidad y la tensión y conflicto se transforman en agresividad. Disponer de patrimonio, no de herencias pecuniarias o de fortunas, sino de hábitos y costumbres asentados sobre valores humanos, canaliza la concordia.

Los padres que han llevado a cabo aprendizajes lentos en diversas áreas de su vida, suelen experimentar ciertas dificultades cuando crían a los niños. Ahora bien, estos aprendices lentos pueden transformarse en padres **competentes** que requieren algún tipo de ayuda. El problema surge cuando los aprendices lentos carecen de una red de familiares y amistades de los que puedan obtener una completa enseñanza informal sobre la crianza de los niños y, simultáneamente, puedan recibir orientación acerca del acceso a una buena enseñanza formal por parte de profesionales respecto a la formación de los hijos. Los padres **capaces** han conseguido independizarse de sus familias sin traumas y, una vez obtenida la autonomía, han entablado relaciones amistosas y distendidas con otros miembros de sus propias familias y con los de otras familias **competentes**. Estos lazos permiten a los padres **competentes** obtener información así como recibir ayuda física y respaldo emocional para criar a sus hijos.

7.- FAMILIAS MODERNAS Y TRADICIONALES.

Pocas instituciones sociales han experimentado cambios tan variados y profundos como la institución familiar.

La transformación del mundo en *aldea global*, el intercambio de culturas, el trasiego incesante de población, las nuevas estructuras laborales, las migraciones masivas... han modificado en profundidad el contexto de las relaciones hombre-mujer dando origen a nuevas situaciones en las que la familia tradicional se ha ido paulatinamente diversificando en formas inéditas de unión mujer-varón con la consiguiente proliferación de relaciones diversas padres-hijos, hermanos-no/hermanos y padres entre sí. Las nuevas formas de familia han generado otras formas de conflicto y agresividad hasta ahora desconocidas.

Son muchos los críticos que cuestionan el papel que juega la vida de los niños en la familia moderna. Entre los cambios más espectaculares se pueden destacar el gran incremento de madres trabajadoras y el aumento de familias con la madre como única cabeza. Estos cambios están originando convulsiones en las sociedades tradicionales que propugnan abiertamente que sólo la presencia de un padre trabajador al frente de la familia y de una madre entregada al hogar puede preparar a los hijos para una vida adulta dotada de confianza en sí misma y con una plena integración y participación en una sociedad pacífica y democrática.

Múltiples males de la educación de los hijos se atribuyen a las familias monoparentales y a las familias con madres trabajadoras. Así, la delincuencia, la drogadicción, el alcoholismo, el fracaso escolar, etc. se imputan a la nueva estructura familiar. Para algunos especialistas, un padre con autoridad moral y una madre solícita en las tareas

cotidianas de una familia son imprescindibles para que los hijos puedan identificarse con un hombre adulto y las hijas con una mujer adulta. Los expertos en pedagogía mantienen también que la identificación con el propio sexo es crítica para lograr el ajuste psicológico de un adulto sano. Se está de acuerdo, por otro lado, en que la ruptura con los juegos tradicionales propios de cada sexo puede desembocar en adultos desequilibrados debido a las preferencias desacostumbradas o cambios de roles en los juegos infantiles.

Las estadísticas apuntan a que existen otros factores más extendidos como son: la pobreza, la educación paterna con excesivo control, las desavenencias entre los progenitores, uno o más padres con graves problemas de conducta como alcoholismo, vagancia, etc. que inciden notablemente en el comportamiento del hijo y en su ajuste adulto. Los padres que no han finalizado sus estudios escolares, que carecen de un trabajo estable, que echan en falta los amigos y que no pueden resolver conflictos con sus semejantes sin recurrir a la violencia física o verbal presentan graves dificultades para criar hijos de conducta pacífica.

Los niños que han sido criados por una sola madre trabajadora **competente** presentan diferentes facetas positivas y negativas que las de los niños criados por un padre trabajador y una madre ama de casa igualmente **capaces**. Los episodios de conflictos y agresividad también se diversifican. No obstante, no es de excluir que los niños de ambos tipos de familias se comporten con normalidad (6)⁴⁸³. Así,

los niños criados por madres solas **capaces**, sobre todo las chicas, es muy probable que se orienten a su realización personal y los niños criados por parejas de padres **capaces**, especialmente los chicos, apreciarán probablemente la vida familiar tradicional.

También existen diferencias en cuanto a la masculinidad y feminidad de los niños criados en los dos estilos de familias. La competencia o la capacidad que tienen los niños en sus relaciones interpersonales y en sus logros está más en función de sus habilidades para resolver problemas que de su masculinidad o feminidad. Los niños más **capaces** tienen probablemente una gama más amplia de intereses y habilidades, unas en consonancia con las tradicionalmente masculinas y otras con las femeninas.

Las familias de pareja **competentes** suelen tener características comunes. En estas familias, al ser más fuerte la unión entre los padres, también es más fuerte y sólida entre cada padre y cada hijo. Si en una madre tradicional abundan los cuidados de criar a sus hijos, el padre tiene la responsabilidad de respaldar a su esposa y de darle el apoyo emocional que se precisa en estos casos. Si, por el contrario, trabajan ambos padres, es muy normal que compartan la responsabilidad de la crianza de los niños así como la toma de decisiones. Partiendo de estas experiencias y vivencias, los hijos de familias **competentes** de pareja aprenden a cómo compartir un matrimonio para toda la vida.

Por otro lado, las familias **competentes** de un solo padre/madre suelen tener unas características comunes.

6. *Ibidem*, p. 36.

En esas familias la unión entre el padre y los hijos es mucho más fuerte que en las familias de pareja. Los padres **competentes** únicos son conscientes de la importancia que tienen para sus hijos, por eso, éstos no temen ser abandonados o rechazados. Los padres **competentes** únicos se ven obligados a realizar tareas múltiples en poco tiempo: cuidar a los niños, trabajar, entablar relaciones con adultos que les proporcionen soporte social, intimidad y satisfacción sexual. Como consecuencia, los niños de estas familias adquieren muy temprano responsabilidades que se traducen en el cuidado del hogar, en una atención propia y a sus hermanos y están habituados a estar en manos de distintos cuidadores adultos. Con estas experiencias los niños de una familia **competente** de un solo padre aprenden a ser autoconfiados e innovadores y flexibles en sus relaciones con los demás (7)⁴⁸⁴.

8.- CONTROL Y LIBERTAD: UN DIFÍCIL EQUILIBRIO

Las familias **competentes**, en lo que a educación se refiere, persiguen un difícil equilibrio entre dos elementos clave en el ejercicio de la pedagogía: el control y la libertad al educar a sus hijos. Tal equilibrio se torna difícil en los episodios de conflicto y de agresividad al prevalecer en las acciones componentes irritables. Se da por descontado que el cometido

de la familia es formar y socializar al niño para cuando sea adulto. Las dos tareas

paternas: socialización y protección exigen una buena dosis de control sobre la conducta del niño. Los padres consiguen ese control desde los primeros días de la vida de sus hijos, proporcionan refuerzos primarios como son: el alimento, calor, limpieza, tacto agradable y suprimiendo los estímulos incómodos, tales como los pañales sucios y húmedos, etc. (8)⁴⁸⁵. Más adelante, los padres observan que el niño goza y disfruta con su presencia, su sonrisa y sus palabras de aprobación; estos hechos constituyen los refuerzos secundarios.

Los padres **competentes** se muestran hábiles en el arte del control: en marcar pautas, en formar, describir y explicar cómo debe ser la conducta deseable, en invitar y animar a la imitación de su comportamiento. En definitiva, saben bien cómo proporcionar la estructura y los límites que constituyen la antesala del desarrollo del autocontrol. Estos padres son también hábiles para proporcionar márgenes de libertad. Y así brindan a sus hijos oportunidades en consonancia con su edad, capacidad, desarrollo y madurez para que conozcan nuevas formas de conducta y experimenten por sí mismos las consecuencias de las elecciones buenas y malas. De esta forma, estos padres ofrecen a sus hijos oportunidades para que ensayen sus capacidades y habilidades en la resolución de problemas y situaciones adecuadas a la etapa por la que atraviesan aquéllos, siendo ecuanimes siempre en cuanto al control y a la supervisión a distancia por parte de los adultos. Manteniendo un equilibrio entre el control y la libertad, los padres

7. *Ibidem*, p. 37.

8. *Ibidem*, p. 34.

competentes enseñan a sus hijos a comportarse y a asumir los riesgos que se siguen de sus decisiones, al mismo tiempo que adquieren confianza en sí mismos y que afrontan los desafíos.

Las familias **menos competentes** se exceden en el control o la libertad que dan al niño, sobrevalorando uno en detrimento del otro.

Por una parte, los padres “autoritarios” están obsesionados con el control y paradójicamente, tienen serias dificultades para conseguir un control efectivo sobre sus hijos ya que se sirven del castigo como estímulo para que reaccionen pues no pueden ofrecerles como modelo su conducta por ser muy pobre en cuanto a control se refiere y por otro lado, son tan desagradables en su comportamiento, que los niños no pueden imitar sus cualidades. Algunos padres sin formación sobre el desarrollo normal del niño y excesivamente preocupados por el control, no comprenden que sus bebés, por ejemplo, no controlen los esfínteres. Estos padres encuentran la solución en el maltrato físico de los niños. En estas familias autoritarias se dan también conflictos matrimoniales abiertos o encubiertos. Cuando el padre castiga duramente a los niños, maltrata también a su esposa. Consecuentemente, madre e hijos se alían para protegerse mutuamente contra el padre que se deja llevar por la ira y la cólera al verse rechazado por la familia. El último cuadro de esta representación es el comienzo de una escalada de violencia que genera hijos agresivos con escaso autocontrol. En el polo opuesto a estos padres se encuentran los excesivamente permisivos e indulgentes que se caracterizan porque “dejan hacer”

ya que su máxima preocupación es que los niños tengan libertad. Piensan que si todas las necesidades del niño son satisfechas, éste llegará a ser un adulto saludable. Los padres que “dejan hacer” implantan un rol de refuerzo primario tomando como punto de partida la cobertura de las necesidades más elementales de sus hijos pero no utilizan el control positivo para formar al niño en la capacidad de resolver independientemente los problemas. Fomentan la inmadurez y la dependencia de sus hijos mediante la concesión de caprichos. No ponen límites a la conducta de sus hijos y les niegan la oportunidad de sufrir cualquier frustración y de afrontar los desafíos por sí mismos. Aunque son conscientes de que ceder ante las rabietas y los lloros de un niño es nefasto para él, sin embargo, no toleran sus quejas. Sus hijos nunca aprenden a sobreponerse ni a animarse a sí mismos porque sus padres están pendientes de proporcionarles todo tipo de consuelo.